



LA ESPAÑA NEGRA

DE este libro famoso, y hoy desconocido, se hizo otra edición en Madrid en 1924 y Ediciones Taurus realizó otra, de cierto lujo, en la década de los sesenta. Todas ellas son hoy, creo, inencontrables.

Pero lo cierto es que estas impresiones del poeta belga sobre nosotros fueron negras. En vez de vernos y sentirnos como un pueblo alegre, con nuestro cielo azul y nuestras corridas de toros, nos vio como un pueblo moralmente negro. Bien es verdad que Verhaeren buscaba entre nosotros algo distinto, "no lo que ambicionan los ingleses que en sus viajes no buscan más que el 'comfort', comodidades, una mesa servida a hora fija por manos de un 'groom' estirado con 'frac' y pechera". Para este original viajero, los ferrocarriles no son más que los vulgarizadores de los viajes; el "Beedecker", el más soso compañero que se pueda imaginar, y busca, en cambio, lo desconocido, el placer de la aventura y el delicioso sueño de lo imprevisto.

Por todo ello, en una diligencia "que no era precisamente la de Gautier", recorran la costa cantábrica, sus pueblos, construidos como a bofetadas contra los bra-

El poeta belga Emili Verhaeren vino a España en 1888, acompañado del pintor Darío de Regoyos. Recorrió con detenimiento las provincias vascongadas y visitó Zaragoza, Pamplona, Sigüenza, Madrid y el Real Sitio de El Escorial. Sus impresiones sobre nuestro país, dedicadas al pintor español, aparecieron primeramente en la revista "L'Art Moderne". Más tarde, traducidas y comentadas por Darío de Regoyos, con el terrible título de "La España Negra", fueron publicadas en Barcelona en 1899, a costa del artista y con dibujos y grabados suyos.

JOSE ESTEBAN

víos acantilados; sus paisajes, que recuerdan a Courbet o a Corot, pero que sobre todo hacen pensar en el cuadro que no se ha pintado nunca; sus calles, con tejados "que se dan como comadas de borrego con sus canalones enfrente unos de otros", y observa a sus viejas, "que parece que han asistido a la pasión de Cristo", y a sus muertos, "celebrados en la iglesia y cebados en el cementerio".

En Tolosa ven la procesión de San Juan, con sus pasos "tallados con arte latronesco y bárbaro. Desproporcionados, patizambos, groseros, modelados y, sin embargo, soberbios. De expresión torpe, ¡pero qué penetrantes!". Igualmente,

las fiestas vascongadas le parecieron tétricas, con predominio del negro en los trajes, una seriedad en los bailes y cantos y un cortejo de curas presenciándolo todo como en un duelo.

El poeta, según nos cuenta su acompañante Regoyos, hablaba poco y observaba mucho, sacando partido de cosas que a nosotros no pueden chocarnos por ser españolas. Llegó a distinguir, nos dice el pintor, los toques de entierro, de párvulo, de salida de Viático y aún el de agonía, esas cinco campanadas "que seguidas de un silencio anuncian en Guipúzcoa cuándo alguien se muere". Todos sabemos que hay que tocar a muerto, pero,

"¿por qué —se preguntaba el poeta— anunciar el momento crítico de la agonía? ¿No son estas cosas propias de un país que es amigo de la muerte?".

También la música vasca choca a nuestro viajero. Una flauta y un tambor estrecho y largo tocan un aire musical que parece que descarrila y que pierde el compás para después volverlo a encontrar. Así me explicaron, dice, que tiene que ser el extraño ritmo de la música vascongada. "Los dos instrumentos parece que riñen entre silbidos y redobles de tamboril, pero sin reñir nunca de veras".

El viaje de San Sebastián hacia la feria de Pamplona, hecho en compañía de un gitano, le parece de una tristeza abrumadora. En Alsasua empieza a cambiar el paisaje, cuyos montes cuadrados en forma de mesetas fueron comparados a grandes catafalcos de paño negro.

Ya en Pamplona, en plenas fiestas de San Fermín, el despertar de la calle de la Estafeta, para el que consiga dormir aquella noche, no se parece al de ningún país del mundo. La gente ha cantado durante toda la noche aires del Roncal y las murgas empiezan desde el amanecer a alborotar la población, has-

ta la hora de correr el ganado. Al llegar este solemne momento, la gente se mete en los portales, "sabiéndose algunos a las rejas, y el ganado pasa como un rebaño de borregos, pareciendo imposible que para tan poca cosa haya gente que repita el bromazo de la mala noche y lo hagan con el mismo entusiasmo todos los años. Para esto se necesita únicamente ser pamplonés".

Durante la corrida, el belga se entusiasma con los triunfos del toro y los apuros de los toreros y picadores, sólo teniendo aplausos para la parte más cruel de la fiesta.

Este peregrinar hacia la España negra les hacía llegar a los pueblos hacia el atardecer o en plena noche y los abandonaban aprovechando los trenes de madrugada para no desilusionarse de las visiones que les habían proporcionado las tinieblas. Sus personajes y compañeros son arrieros de posada, organistas y campaneros; ciegos callejeros que acudían a las fiestas de los pueblos, tratantes de ganado, gitanos, etcétera. Los ciegos, sobre todo los ciegos españoles, impresionaron a Verhaeren, que manifestaba que en ningún país los había visto tan hermosos en su tristeza, ni tan suplicantes, ni tan literarios, y le traían a la memoria el verso de Baudelaire: "¿Qué buscarán los ciegos en el cielo?".

De Zaragoza, donde visitan el cementerio, llegan a Sigüenza. "Uno de esos obispados de tercero o cuarto orden que dan más goce al artista que las grandes ciudades". Pueblo desvencijado, al poeta le da la impresión de un rincón de



Darío de Regoyos fue el acompañante del poeta belga Verhaeren en su peregrinar por tierras españolas a finales del pasado siglo. El pintor ilustraría con dibujos y grabados —como los que reproducimos— "La España Negra", de Verhaeren.

la Edad Media, donde los personajes están en armonía con la ruina de la población.

La capital de España sólo tiene para el poeta dos alicientes: el Museo del Prado durante el día y el café cantante por las noches. Este último le servía para coleccionar canciones tristes españolas.

Las Ventas, sitio tradicional de diversión madrileña, solamente es para el poeta el lugar donde se saludan los entierros, que ascienden lentamente la calle de Alcalá, "y en el primer término de aquel Sahara, el barrio de la Concepción, con hoteles rosados por la luz rojiza; quintas de aspecto pobre pertenecientes a burgueses ricos, pero dignos de compasión, porque creen que

tienen fincas de recreo en el campo, no existiendo allí ni el campo ni el recreo".

Pero los lugares de Madrid que terminan por entusiasmar al poeta son las funerarias. Acostumbrado a que en los países del Norte se escondan y oculten las cosas tristes, le extrañaba que en España los féretros se vendieran con los cofres y las maletas. Las ténébres cajas se exhibían en fila, unas forradas de paño negro y clavos plateados, para los casados; otras de seda blanca con adornos azules destinadas a las solteras; con grandes adornos para los ricos; cubiertas de papel para los pobres, y, en fin, existen hasta sin cruz para los mendigos. Todas tienen una cerradura cuya llave guardan los parientes. Descubrió así el poeta que la industria de la muerte es en nuestro país una verdadera industria nacional.

¿Qué país, exclama, donde la música más alegre la cantan los ciegos en tono lastimero; donde los toreros visitan la capilla antes de bajar al ruedo, como si fueran a morir, y donde sus mujeres y sus hijas permanecen de rodillas y con cirios encendidos hasta que el diestro vuelve a casa y donde el confesor está siempre preparado para cumplir su delicada misión! "Su pabellón nacional debía llevar colores negros o escudos de plata".

Pero donde la sensación de negrura de nuestra patria llega a su cénit es en el pudridero de El Escorial. El entusiasmo de nuestro poeta llega al delirio. Ante las explicaciones de que a nuestros reyes e infantes se les tiene durante diez años en nichos ordinarios, en un subterráneo por donde pasa un arroyo de agua para purificar el aire, y luego se les instala definitivamente en su sarcófago de mármol en el gran panteón, llegó a la conclusión de que la muerte es la gran reina de España.

En el Museo del Prado sus prefe-

rencias fueron para Ribera y Berruete, llegando a la misma conclusión: "Así como en la vida, como en las costumbres y como en la poesía, la muerte reina en el Museo del Prado tan regimiento como Velázquez".

En fin, toda la España negra, toda la España castiza, toda la España de 1888 vive en estas páginas de Regoyos y Verhaeren. Y una sensación de amargura, de negrura, nos penetra y nos hace preguntarnos: ¿Era, es así nuestra patria? ¿Tienen negro color nuestras costumbres y nuestras gentes? ¿Canta a la muerte nuestra pintura? Así, al menos, le pareció al gran poeta belga, que vivió y vio una España moralmente negra.

Las coplas que recogió, son igualmente trágicas:

**A una tumba le di un beso
y la piedra se partió,
y es que allí estaba enterrada
la madre que me parió.**

El pintor Darío de Regoyos, a modo de colofón, nos cuenta que el poeta belga tenía razón al contar a sus paisanos tan tristes artículos sobre nuestra tierra. Al propio pintor, El Escorial le produce escalofríos. Allí, nos dice, muge el viento a diario y las pizarras del monasterio se agitan produciendo un ruido metálico que hace pensar en aquella frase de Verhaeren, "noche de hierro".

Menos mal, nos cuenta Darío de Regoyos, que el poeta belga no llegó a ver Toledo. Piensa que le hubiera gustado por el color: "¡Nada tan cadavérico como sus tonos amarillos vistos desde el campanario de la catedral!". Porque para escribir cosas negras, para pensar en la muerte, para tomar parte en esa danza macabra que es España, nada mejor que recorrer con los ojos abiertos los pueblos de Castilla. "Vivir en las ciudades castellanas en ruinas es vivir en lo muerto, aunque sea una ruina con cielo azul".

Emili Verhaeren dejó una obra amplia y variada. Sus versos, siempre de gran calidad técnica, recogieron todo el encanto del vivir de su tierra flamenca, así como la inseguridad y la esperanza de los tiempos modernos. Su última etapa constituye un canto encendido al porvenir, tal y como se presentaba a los ojos de los hijos de principios de siglo. Habla nacido en Saint-Amand, provincia de Amberes, en 1855, y murió en Ruan, ahogado, el 26 de noviembre de 1906. Algunos han pensado que su "España Negra" se debe a las épocas en que sufrió de angustias y pesadillas continuas. Pero, como se hubiera preguntado el maestro Azorín, ¿creen ustedes que para ver negro nuestro país es necesario encontrarse en época de crisis? ■

